

## Acto I: 1930-1959

### Primeros años: infancia, juventud, vida universitaria

El domingo 12 de enero del 2014, en el diario *El Mercurio* aparece un artículo de Jean Palou Egoaguirre titulado “Homicidios aumentan 40% y llegan a récord en Rosario, la “capital narco” de Argentina”. En él se alude a que esta ciudad (donde nacieron el Che Guevara, el escritor Roberto Fontanarrosa y el futbolista Lionel Messi) se ha convertido en el epicentro del narcotráfico en Argentina (a principios del siglo XX, era conocida como la “Chicago argentina”); además, “en medio de una sangrienta lucha entre mafias de la droga, cerró 2013 con una tasa de asesinatos cuatro veces superior al promedio nacional”.

Pero Rosario, ciudad argentina en la provincia de Santa Fe (extremo sudeste), en la denominada Pampa Húmeda, situada a trescientos kilómetros al noroeste de Buenos Aires, vivió tiempos mejores. Al respecto, en el prólogo del libro *Ciudad de Rosario*, se manifiesta:

Hacia 1910, cuando se celebraba el primer centenario de la revolución de Mayo, Rosario era una ciudad nueva y dinámica de casi doscientos mil habitantes (...). Rosario se mostraba como una ciudad próspera y cosmopolita que, en la versión de la prensa y los dirigentes, había alcanzado esa posición por la fuerza misma del trabajo. En consecuencia, no cabía imaginar otro destino que el de mayor prosperidad. Rosario se erigía así en el paradigma social y económico de la nación proyectada a mediados del siglo XIX por un grupo de hombres inspirados en el progresismo liberal de su época<sup>2</sup>.

Por otra parte, podemos decir que Rosario se ha constituido en el núcleo de una región de gran importancia económica (significativo centro comercial

<sup>2</sup> Agustina Prieto y otros, *Ciudad de Rosario*, Rosario, Editorial Municipal de Rosario, 2010, p. 6.

e industrial); su puerto –el tercero del país–, el más interior de los puertos transatlánticos de Argentina, era conocido por ser exportador de ganado, conservas cárnicas, pieles y trigo. En la actualidad, es la tercera ciudad más poblada de Argentina, después de Buenos Aires y Córdoba y, a su vez, se le conoce como la cuna de la bandera, por lo que su edificación más llamativa es, justamente, el monumento a la bandera.

En esa ciudad argentina, bajo el signo de piscis, el 20 de febrero de 1930, nació el dramaturgo chileno Jorge Díaz Gutiérrez (“Soy del signo Piscis y los que hemos nacido en esa zona zodiacal, vivimos sumergidos en la niebla del misterio y del miedo”). No eran años fáciles, ni mucho menos (en todo caso, por lo señalado en un comienzo, parece que mejores que los actuales). Justamente, el 24 de octubre de 1929 (“el jueves negro”) tuvo lugar el desplome de la bolsa de Nueva York, lo que provocó no solamente una crisis bancaria en Estados Unidos sino que afectó a la economía mundial: “Y estalló, de golpe, la crisis de 1929. El *crack* de la Bolsa de Nueva York, que hizo crujir los cimientos del capitalismo mundial”<sup>3</sup>. A partir de ese momento, la depresión mundial iniciada el año 29 se hacía sentir fuertemente en todos los países de la zona; en el caso de Chile, en palabras del editor Carlos Orellana, “la crisis económica alcanza niveles dramáticos. Según un Informe de la Liga de Naciones, Chile es el país más afectado en su comercio exterior por la recesión económica mundial”<sup>4</sup>; por otra parte, en Argentina, no solo había una crisis económica sino que también política, ya que los gobiernos radicales llegaban a su fin, con la destitución de Hipólito Yrigoyen (1852-1933) por un alzamiento militar:

Pero el presidente era ya anciano y pronto las dificultades comenzaron a multiplicarse. Se acusaba al gobierno de despilfarro de los caudales públicos a favor de sus partidarios, a quienes se premiaba con cargos y empleos en el Estado, mientras crecía en el interior del radicalismo la puja por definir quién sería el sucesor de un presidente cuyo fin se vislumbraba próximo. (...) El 9 de agosto de 1930 un grupo de radicales opositores declaró que el sistema republicano había sido anulado en los hechos, y la conspiración militar empezó a cobrar forma apoyada por pequeños pero muy activos grupos nacionalistas y por gran parte de la prensa<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, Madrid, Siglo veintiuno editores, 1971, p. 177.

<sup>4</sup> Carlos Orellana, *El siglo en que vivimos. Chile: 1900-1999*, Santiago de Chile, Editorial Planeta, 1999, p. 65.

<sup>5</sup> Biografías y vidas, Internet, consultado el 30 de julio del 2014. A su vez, “La incertidumbre era común a todos los sectores que habían concurrido a derribar al gobierno de Yrigoyen e interrumpir

Como se ve, con pocos meses de vida, ya existía una “conspiración militar” en el horizonte de quien, a través de los años, se convertiría en uno de los principales dramaturgos latinoamericanos. Al respecto, Díaz señala: “Yo nací cuando el mundo hizo crac el año 30 y todavía no me repongo del susto”<sup>6</sup>. En uno de sus viajes a Chile, Jorge regresó alguna vez a Rosario y, en palabras de su sobrina María Teresa Salinas, “admiró su crecimiento, buscó rincones de la infancia, reencuentros con la familia lejana que vivía en Argentina, pero habían pasado muchos años y desarraigados”<sup>7</sup>.

## Padres

Sus padres eran españoles. José Díaz Méndez (1887-1957)<sup>8</sup> procedía de la costa asturiana (Valdepare). Valdepare es una parroquia del concejo asturiano de El Franco, entendiéndose por parroquia, en Asturias, una forma tradicional de organización administrativa, religiosa y agraria; su nombre proviene de un personaje del siglo XVI, Diego García Valdepare. José Díaz era un hombre trabajador, serio, austero, que llegó a la Argentina donde unos parientes y se fue a trabajar a Córdoba, en unas firmas que compraban trigo, maíz, cereales a las cooperativas, pequeños y medianos productores:

Debe haber tenido una etapa de su vida estimulante, llena de satisfacciones, de pequeños triunfos. Era lo que se dice un hombre con futuro. De emigrante adolescente que “descubre” un continente y un país, Argentina, en plena ebullición, pasó a hombre próspero de negocios. Sin embargo, yo no conocí a esa persona llena de proyectos y de satisfacciones. Yo nací en 1930, el mismo año en que empezó su ruina económica, su derrota, de la que ya nunca más se recuperaría. Quizás, por eso, tengo un infinito amor hacia los perdedores<sup>9</sup>.

la continuidad institucional”, Luis Alberto Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 67.

<sup>6</sup> Eduardo Guerrero, *Jorge Díaz: un pez entre dos aguas*, Santiago de Chile, RIL Editores, 2000, p. 74. En las siguientes citas de este libro de conversaciones con el dramaturgo, solo se indicará *Un pez entre dos aguas* y el número de la página.

<sup>7</sup> Entrevista, en la cafetería Tavelli, el 8 de agosto del 2014. Respecto a las diversas entrevistas aludidas a lo largo del texto, solo se hará mención, en cada caso, del lugar y la fecha una sola vez.

<sup>8</sup> En lo específico, el certificado de bautismo señala que nació el 30 de agosto de 1887 y fue bautizado por Ramón Méndez, cura párroco de San Bartolomé de Valdepare, concejo del Franco, provincia de Oviedo. Murió el 27 de julio de 1957, a los sesenta y nueve años.

<sup>9</sup> *Un pez entre dos aguas*, p. 17.

Su madre, Matilde Gutiérrez Vicuña (1895-1995)<sup>10</sup>, procedía de Euskadi (o País Vasco) y emigra en barco a Argentina por situaciones familiares:

Mi madre siempre ha tenido dos cualidades: encanto y fuerza de carácter. Quizás por sus orígenes, por sus ancestros, mi madre siempre fue dentro del hogar el *Guernikako arbola* (el árbol de Guernica), el tronco, el follaje seguro donde guarecerse de las tempestades. Ella le infundió seguridad y ánimos a mi padre en las horas desesperanzadas<sup>11</sup>.

En relación con esta “fuerza de carácter”, en carta del 15 de julio de 1976, Díaz le señala: “Tengo la firme esperanza de que usted se encuentre más reanimada después de los disgustos y las ansiedades. Todos tenemos fe absoluta en su fortaleza y su sentido común que es lo que equilibra realmente a toda la familia. No nos defraude y sonría de nuevo por el bien de todos”.

Se conocen en Córdoba y se casan el 6 de diciembre de 1922, después de ocho años de noviazgo:

Mi padre fue un joven asturiano que un día se cansó de ver llover a través de la pequeña ventana de su casa de piedra de Valdeparees y se marchó a “hacer las Américas”. Conoció en Argentina a una muchacha donostiarra que había llegado allí siguiendo a un hermano suyo, vasco emprendedor que murió, inesperadamente, a los treinta y cinco años, quizás de nostalgia. El joven asturiano que huía de la lluvia se casó con la joven bordadora donostiarra y nacieron cuatro hijos en la casa de Rosario. Para convivir en esa tierra, la muchacha donostiarra olvidó su rudimentario euskera y su marido se tragó pudorosamente su fuerte acento bable-gallego<sup>12</sup>.

Quien ha regresado a los lugares de procedencia de los padres de Jorge Díaz ha sido María Teresa Salinas, quien nos entrega un testimonio muy actual no solo de José Díaz y Matilde Gutiérrez (sus abuelos) sino que justamente de esos espacios:

José nació en Valdeparees, Asturias, en una casa de piedra desde la cual aún se puede ver el mar a lo lejos. La población de Valdeparees tiene alrededor de ochocientas personas y aumenta levemente en verano. Los nietos de la hermana de José (Dolores) mantienen una casa familiar en el poblado y las

<sup>10</sup> Josefa María Matilde Gutiérrez Vicuña nació el 14 de marzo de 1895, siendo bautizada por Isidoro Bengoechea, cura párroco de la Iglesia Parroquial de Santa María, San Sebastián, provincia de Guipúzcoa. Falleció el 15 de julio de 1995.

<sup>11</sup> *Un pez entre dos aguas*, p. 17.

<sup>12</sup> *Un pez entre dos aguas*, pp. 73-74.

costumbres asturianas. José era reservado, trabajador, de sonrisa difícil y nunca se repuso de los desastres económicos vividos durante la crisis de 1930 en Rosario. Siempre vivió añorando ese pasado, su período de hombre próspero e independiente, también su tierra asturiana. Matilde nació en San Sebastián. El edificio donde vivió hasta que se casó en Argentina se mantiene igual, está a una cuadra de la playa La Concha, la que frecuentaba de niña y adolescente, en los tiempos que los reyes iban a esa playa y eran cercanos, según comentaba ella con una dosis de risueña nostalgia. Una parte de los Gutiérrez se quedó en Argentina, pero en Guipúzcoa no quedan rastros. Matilde era una mujer fuerte, alegre, cálida, que vivió hasta los cien años y fue el motivo principal de los viajes de Jorge a Chile. A su alrededor se agrupaba la familia y ella mantenía vigente los lazos de amistad creados desde su primer viaje en barco, desde España a Buenos Aires, alrededor de 1910. En la crisis de 1934, cuando llegaron a La Serena y les fue mal, ella recurrió a sus amigos españoles, que vivían en Santiago, quienes los apoyaron con alguna información y entonces se trasladaron a esta ciudad.

Otro recuerdo es la relación que tuvo Jorge con su madre, a quien le escribía diariamente cartas desde España (a lo largo de la biografía, aludiremos a algunas de ellas, en las cuales se manifiesta —por ejemplo— su preocupación por la situación chilena en la época de la dictadura). María Teresa Salinas añade:

Matilde/madre vivía en espera de los carteros que trajeron cientos de cartas de Jorge hasta su muerte en 1995, a los cien años. En los últimos años su vista fallaba, y pedía que le leyeran, varias veces, las cartas<sup>13</sup>. La mayoría de ellas eran muy breves, y contaban aspectos cotidianos de la vida de Jorge en Madrid. Muchas de esas cartas Matilde/madre las eliminó, especialmente al final de su vida, porque no le gustaba acumular objetos, tener ataduras personales, al igual que Jorge y también Matilde, su hermana.

Una de estas cartas es la que le manda para Navidad (24 de diciembre de 1986) en donde, en el primer párrafo, hace alusión a la carta que el rey de España le había enviado a su madre:

Querida Mamita: me alegré muchísimo al saber que el rey le había escrito. Es estupendo: un premio y un estímulo, muy apropiado, por otra parte, para la época navideña. Así tendrá un motivo de consuelo y de alegría. Yo creo

<sup>13</sup> Por lo mismo, Jorge utiliza en ocasiones una letra grande para que su madre pudiera leerlas.

que lo apropiado sería ahora enviarle una tarjeta bonita (como la que me mandó a mí) con unas frases muy cortas y sencillas deseándole a la familia real un buen año para todos. Y nada más. Contestarle con otra carta sería comprometerle a contestar nuevamente. Y, quizás, eso no esté bien.

En lo personal, tuve ocasión de conocer a la madre de Jorge en su casa de Gerónimo de Alderete 1288, en la comuna de Vitacura (Santiago de Chile), atendiéndome con una gran afabilidad. En el diario *La Nación*, con motivo de su cumpleaños número cien, Jorge publicó el texto “Cumpleaños de una vasca”:

“Sucede que voy a vivirme...”, “Sucede que soy y que sigo”. Estas palabras de Neruda las podría haber dicho en estos días una vasca que cumplió cien años hace ya más de un mes y medio (probablemente es la vasca con más años que vive en Chile). En su segunda centena de años se levanta cada día preguntando por sus cuatro hijos, sus doce nietos y sus treinta bisnietos. Y sucede que esa vasca centenaria es mi madre.

Nació en San Sebastián, Guipúzcoa, España (Donosti, Euskadi) y se le encienden los ojos cuando describe el paseo de la Concha o el caserío de sus padres, Marcelay, en Idiazábal. Canta sin titubear el himno completo en euskera de San Ignacio de Loyola. Se llama Matilde Gutiérrez Vicuña Izaguirre, y vivió en Argentina y en Chile. En todas partes echó raíces porque los vascos, aunque aman su tierra sin reservas, son capaces de formar hogares frondosos en otras latitudes.

¿Cómo fue que la joven Matilde dejó San Sebastián, la bella Easo, para venir a América? El asunto es entrañable y rocambolesco. Una noche mis abuelos fueron al teatro y cuál sería su sorpresa al ver al hermano de mi madre en el escenario, formando parte del coro de una zarzuela. El actor en ciernes solo tenía quince años y se escapaba de casa para hacer esas funciones de tapadillo. Cuando volvieron a casa mis abuelos le echaron una bronca de órdago. Resultado: al verano siguiente el adolescente se marchó a Argentina, aceptando la invitación de un familiar. Al morir mi abuelo, el joven aprendiz de actor y ya hombre de negocios de éxito, llamó a su madre y a su hermana (mi madre). Más tarde, mi madre se casaría con un asturiano y echaría raíces en América.

A veces me acuerdo de mi tío Víctor actuando a escondidas de sus padres y pillado in fraganti, tal como hice yo ochenta años después. El gen fatal del teatro estaba en la sangre familiar.

Hoy la hermana del vasco que cambió el escenario donostiarra por la pampa cumplió cien años y sucede que es mi madre.

Mis hermanos Matilde (Daniel), Carmen (Guillermo), Roberto (Marta)<sup>14</sup> y yo hemos cortado una ramita del árbol de Guernica y la hemos replantado en Chile.

¡Zorionak, amatxu! (*La Nación*, 16/4/1995).

A su vez, preparó una tarjeta para repartir entre la numerosa familia (“Matilde cumple cien años”), en donde figuran cuatro fechas significativas:

1895

San Sebastián (Donosti), Guipúzcoa, Euskadi. España. Un buen lugar para nacer. Un buen lugar para descubrir el mar. Un buen lugar para soñar con otros horizontes. Allí la niña Matilde fue descubriendo la risa, el escalofrío feliz del Cantábrico, la lluvia interminable, la tamborrada y el olor a sardinas fritas que traía el viento desde el muelle.

1915

Río Cuarto, Rosario, Argentina. Un buen lugar para ilusionarse. Un buen lugar para deslumbrarse ante un horizonte verde, tan distinto de los caseríos donostiarra. Un buen lugar para hacer nuevos proyectos de vida. La joven Matilde, inquieta, sociable y vital conoce a un asturiano ensimismado que también buscaba nuevas raíces. Junto a él se convierte en la joven madre que no dejó nunca de cantar, a pesar de las penas, los sobresaltos y el desarraigo, porque detrás del canto estaba la esperanza.

1934

Santiago de Chile. Un buen lugar para echar raíces, para que la familia crezca como un árbol, con el frescor fragante de la cordillera. Otras luces, otras sombras, otras claves de convivencia. La mujer, la madre Matilde, se enfrenta a las dificultades sin perder nunca la fe, la confianza en Dios, el sentido del humor. Sus hijos se casan, forman hogares propios, se van lejos, regresan: vaivén del tiempo, vaivén de los afectos, inmutables a pesar de todo.

1995

La niña, la joven, la mujer, la madre, la abuela Matilde, son ya un frondoso árbol que cobija, que sostiene, que da sombra, frutos, seguridad: una inconfundible e irremplazable referencia en el paisaje familiar. Es el Guernika Arbola que reconcilia y une el pasado, los recuerdos y los futuros sueños de vida. La niña, la bisabuela Matilde tiene mucho que hacer todavía. Se dispone a empezar su segunda centena de años. Tiene mucho que aconsejar

<sup>14</sup> Entre paréntesis, van los nombres de los cuñados y cuñadas de Jorge.

todavía, mucho que reír todavía, mucho que rezar todavía. Para empezar, se dispone a estar presente en la boda de su primera bisnieta y a esperar su primer tataranieta. Toda la familia vamos a vivir con ella esa aventura.

¡Zorionak, urte on askotarako, amachu, amona!

¡Felicitaciones, mamita! ¡Felicidades, abuela!

Existe un hermoso testimonio, “Entre dos orillas”, de Carmen Díaz Gutiérrez en torno a sus padres, del cual quisiéramos transcribir algunos de sus párrafos:

En un caserío de la costa occidental de Asturias llamado Valdepare, una fría mañana lluviosa toda la familia despertó, por ser el día en que el joven José, de tan solo 14 años, partiría a un largo viaje a América, dejando atrás a sus padres y a tres hermanos. Abandonaría esa mañana la antigua casa campesina de piedra, con su planta baja para los animales y la otra, superior, para las habitaciones alrededor de la amplia cocina. Ese día de otoño emprendería un largo viaje en barco a tierras desconocidas, hacia una vida nueva llena de interrogantes, que dada su timidez, veía con gran inquietud y, al mismo tiempo, expectación.

(...) Así fue como José llegó a Buenos Aires, llevando una recomendación para una familia española. Le advirtieron que tendría que empezar desde muy abajo, trabajando en todos los menesteres de un negocio provinciano que abastecía a la comunidad pueblerina desde una herradura hasta un fino terciopelo. Se trataba de un trabajo agotador, pues llegada la noche tenía que extender su colchoneta debajo del mostrador y, extenuado como estaba, dormir algunas horas para continuar a la mañana siguiente su labor. Los domingos lavaba su ropa e iba a Misa. Luego, con su mejor atuendo, paseaba junto a otros jóvenes de su misma condición.

Muy pronto se ganó el cariño de la familia que le daba trabajo y hospitalidad. No solo lo trataban bien, sino que se preocupaban de informar a la lejana Asturias de los logros que conseguía José. El joven inmigrante era inteligente, muy reservado y con ansias de aprender. Leía los periódicos y todo lo que caía en sus manos; en esta forma autodidacta consiguió una cultura más que mediana. El niño campesino se transformó en un joven serio y trabajador, que con sus propios ahorros logró formar un pequeño capital e independizarse.

Luego alude al momento exacto en que conoce a Matilde, hermana de su amigo Víctor:

Su buen amigo Víctor, un inmigrante vasco tan trabajador como él, lo invitó a Montevideo a esperar a su madre y hermana que venían a reunirse con él desde San Sebastián, la capital de Guipúzcoa, Euskadi. José quedó prendado



de Matilde, la joven vasca de 18 años, por su belleza y sencillez. Por su parte, a Matilde también le agradó este joven asturiano reservado y emprendedor. Al poco tiempo se casaron y formaron una hermosa familia con 4 hijos que fueron recibidos con gran alegría. Y fue así como esta pareja de jóvenes inmigrantes refundan su hogar en Chile, a donde llegaron desde Argentina.

José fue siempre un hombre responsable, amante de su esposa e hijos. A todos ellos les legó el amor por su patria querida, esa Asturias de verdes praderas que siempre recordó con nostalgia. Falleció en 1958<sup>15</sup>, dejando en este Chile querido su descendencia y a su esposa Matilde la misión de continuar con ahínco la formación de su familia. Al quedar viuda, ella asumió la gran responsabilidad de unir a una gran familia, formada por 4 hijos, 12 nietos, 30 bisnietos y 6 tataranietos.

Matilde fue una mujer admirable, alegre, siempre dispuesta a brindar consejos si eran requeridos. Con su ejemplo diario les mostraba a todos que en la vida solo se consiguen logros con el trabajo y estudios constantes. Amó a Chile como su segunda patria, sin olvidar jamás San Sebastián (su Donosti del alma), enseñando también a querer a España a su extensa familia. Todos sus descendientes nos sentimos unidos y protegidos bajo el frondoso árbol de Guernica, símbolo de su tierra natal.

(...)

## **Hermanos**

Los hermanos de Jorge Díaz eran Roberto, Matilde, Carmen<sup>16</sup>. El hermano mayor, Roberto (“soy el único vivo contra todas las leyes de la estadística”)<sup>17</sup>, recuerda esa vinculación familiar en los primeros años de vida del dramaturgo:

Éramos muy unidos, dormíamos en la misma pieza, los dos hombres en una pieza, las mujeres en otro lado, pero mi hermana Carmen por la

<sup>15</sup> Fue en 1957.

<sup>16</sup> Las fechas de nacimiento de los cuatro hermanos son: Roberto (11/1/1924), Matilde (12/5/1925), Carmen (19/3/1927) y Jorge (20/2/1930). En “Mis raíces”, Carmen señala: “El otro recuerdo que tengo es el accidente de Roberto cuando se cayó de un tobogán de 4 metros, mi madre estaba esperando su quinto hijo ya de 7 meses y con la angustia y gravedad de Roberto que estuvo inconsciente muchos días y a mi papá le dio una pulmonía, nadie se preocupó de ella, cuando ya se agravó pues el hijo por nacer murió en su vientre”.

<sup>17</sup> Entrevista, en su departamento, el 1 de septiembre del 2010. Falleció en Santiago el 18 de octubre del 2014. En las dos o tres ocasiones que estuve con él (en una de ellas, incluso, me fue a visitar a la universidad), se mostró con una generosidad entrañable, denotando –a su vez– el cariño hacia su hermano menor.

edad era muy compinche con él y bueno, como te digo, somos una familia muy unida.

A su vez, en *Jorge Díaz: un pez entre dos aguas*, Díaz entrega el siguiente testimonio sobre la relación con sus hermanos:

La condición de familia de inmigrantes con un doble destierro (España y Argentina), nos hizo encerrarnos, protegernos, formar una piña. Siento que los cuatro hermanos y mis padres formábamos un mundo propio, lleno de claves, de un lenguaje especial (de pequeño nunca supe si eran “españolismos” o “argentinismos”), de unas normas de conducta propias, de unas aficiones y unas comidas especiales. Esa condición de “gente aparte” me desazonaba y me enorgullecía, al mismo tiempo. Éramos “distintos” dentro del barrio y no sabía por qué, pero me gustaba que fuéramos así. Siempre me he sentido extraordinariamente conectado con mis hermanos. Quizás, desde la niñez, hay vasos comunicantes que establecen relaciones permanentes, inalterables a pesar de los años. Todo está dicho entre nosotros, y, sin embargo, todo está por hablar. He vivido treinta años lejos de ellos y los siento tan próximos como viviendo en la casa familiar a los ocho años. Conocen mis mañas, mis tics y los aceptan. Nadie me acepta en el mundo más que ellos. Y todos, genéticamente, han heredado la misma delicadeza, la misma ternura, la misma sensibilidad. La familia de inmigrantes sigue tan fuertemente unida como cuando cruzó los Andes vomitando en el taxi sobre la falda de mi madre. Sin mis hermanos me consideraría absolutamente perdido en este mundo<sup>18</sup>.

Con ocasión de una visita de su hermano Roberto a Madrid, le señala en una carta a María Teresa:

Roberto me inspiró una gran ternura. Lo encontré tan parecido a mí en todo (aparte de físicamente, que nos estamos transformando en gemelos). Tiene los mismos tics, los mismos miedos, la misma inseguridad que yo. Es sensible, inteligente, pero huye, se esconde, se inventa pretextos y mete la cabeza bajo el ala. Por diversos motivos quiero mucho a mis tres hermanos, en serio, parece una lesera decírtelo así, pero los siento tan próximos, siento que mi cariño es correspondido, es una cosa tan rica, tan real, tan irreversible y permanente. (31/7/1989)

La propia María Teresa Salinas, hija de Matilde Díaz, es voz autorizada para hablar de los hermanos de Jorge:

<sup>18</sup> *Un pez entre dos aguas*, p. 20.

El cariño, la lealtad, el derecho a la privacidad del otro eran parte genética de las relaciones entre ellos. El ambiente cerrado español que los formó respetaba las diferencias personales, pero siempre cumpliendo con las tareas, de todo tipo; “con su deber cumple”, decía el padre frente a los éxitos escolares. La frase de Bryce Echeñique “yo tuve traumas felices”, refiriéndose a la infancia, se puede aplicar también a los Díaz Gutiérrez, ya que cuatro hermanos compartían los recuerdos luminosos de Rosario, en especial Matilde, quien pidió ser enterrada con una pequeña bandera argentina y con la tierra de la plaza infantil de Rosario. La abuela Matilde nos contaba el viaje traumático por la cordillera, los frustrados negocios a la llegada al norte, cantaba euskera recordando la lluvia del norte de España, también la nostalgia por mantener lazos con los parientes que escribían, especialmente desde Argentina o España. Era Matilde/madre y Matilde/hermana quienes mantenían esos lazos. Esos recuerdos transmitidos se transforman hasta ahora en relatos familiares de la amistad entre esos cuatro hijos sobre cómo encumbraban volantines, subían árboles, se asustaban en los largos corredores de casas antiguas y nos imaginábamos a Matilde/hermana que leía *El Peneca* a Jorge<sup>19</sup> y debajo de la cama estaba Carmen, escondida escuchando. A los tres hermanos los éxitos de Jorge los enorgullecía; sin embargo, no asistieron al teatro a ver sus obras. Tampoco Jorge les comentaba qué escribía y prefería mantener a sus hermanos al margen. Más de alguna vez comentó que prefería que no leyeran sus obras, especialmente las que se referían a la dictadura. No buscaba la aprobación de sus hermanos.

## **Viaje a Chile**

La depresión económica mundial de 1929 repercutió en el negocio del padre, ya que “La caída de las exportaciones y el retiro de los fondos norteamericanos afectaron a las empresas ferroviarias y marítimas, vinculadas con el comercio exterior, y también al gobierno. La fuerte inflación, las reducciones de sueldos y los despidos se reflejaron inmediatamente en los resultados electorales”<sup>20</sup>. Más adelante: “Los precios internacionales de los productos agrícolas cayeron

<sup>19</sup> En *Nefelí, el niño de la lluvia*, Díaz escribe la siguiente dedicatoria: “A mi hermana Matilde, que me leía cada semana *El Peneca* cuando yo tenía 6 años. Con amor y gratitud”.

<sup>20</sup> Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, p. 63.